

EDITORIAL

Cuando preparábamos el número anterior de esta revista la pregunta más importante era: ¿qué clase de artículos publicar? No deseábamos realizar números temáticos ni convertir la publicación en un parlante de los grupos que suelen formarse en la academia con una agenda particular en ciertos campos de estudio, tampoco un pastiche de pensamiento cuyo valor se midiera por la cantidad de obras citadas y de prefijos añadidos a cada concepto, ni una revista que presumiera de “hacer verdadera ciencia política”.

Aparte de algunos criterios obvios, como prescindir, en lo posible, de consideraciones ideológicas y concertar en comunicación directa con los autores las dudas que tuviésemos respecto a cada artículo, decidimos, primero, privilegiar los artículos provenientes de estudiantes de ciencia política de la Universidad de Antioquia, pues aunque en cada número nos proponemos publicar un artículo externo y uno escrito por un egresado de nuestro programa, el principal objetivo es dar a conocer qué están produciendo los estudiantes del pregrado. Segundo, no restringir los temas de publicación; no creemos que pueda, en primer lugar, trazarse un criterio de demarcación normativo para diferenciar lo que es ciencia política y lo que no es: aquello que sea de interés en la política es algo que debe resultar autoevidente en un escrito, no por utilizar conceptos como “democracia” o “ciudadanía”. Con esto no esperamos ser demasiado originales, pero sí contar con una publicación digna.

Es cierto que asistimos a la mercantilización del conocimiento y que algunos de los productos más horribles son el terrorismo bibliográfico y la triste “carrera de papers” para llenar hojas de vida que han hecho de las revistas una experiencia insufrible, comparable únicamente al calvario burocrático para obtener fondos para una investigación. Pero quien crea que esto es una tragedia bien puede pensar en las manos que unieron las piezas con las que está hecho su computador. A lo sumo, esta proletarización de los intelectuales puede servir para que la academia vuelva los ojos (ya que aparentemente no le bastaba la situación anterior) a la realidad del trabajo asalariado tal y como está sometida el resto de la sociedad. Pero no aspiramos a llenar los rígidos estándares de las publicaciones académicas; buscamos una expresión honesta de trabajo intelectual que, bien entendido, vale mucho más como

credencial que cualquier despliegue de lenguaje técnico, pues cumple el único requisito que da sentido a la existencia de una publicación de este tipo: tener algo que decir.

Daniel Castro Morales
Miembro del Comité Editorial